



# SANTA CLARA DE ASÍS

*Por Osvaldo Bouille*

**L**a primavera apenas se insinuaba, el viento seguía coloreando el suelo de tonos ocres y verdes pasteles, algunos brotes ya aparecían. El sol entibiaba las piedras en las casas de la ciudad de Asís y sus rayos resaltaban los colores en los vitraux de las rosetas en la Basílica de San Rufino; mientras las alondras revoloteaban en el campanario y con sus gorjeos alegraban, en su interior Francisco predicaba; era el tiempo de la cuaresma del año 1210. Entre los presentes había una joven de mirada trasparente donde la luz que sus pupilas percibían, en su interior se acrecentaba. Era Clara de apenas 16 años que al oír las palabras de amor y admiración por Cristo, sentía que su corazón palpitaba al unísono con el pulso musical de la invitación celeste que fervorosamente Francisco pregonaba: despojo del mundo y consagración por entero a la búsqueda del cielo interior. El alma y sólo Dios.

Él ya había oído hablar de aquella joven que sentía la búsqueda divina como la primacía de su vida. Ella conocía y admiraba sus obras, en especial la conmovía la dulzura que pro-

digaba a los leprosos. Había dos frailes franciscanos, Rufino y Silvestre parientes cercanos de Clara, que palpitando con los intereses de ambos hicieron arreglos de encuentro. Así llegó el día que acompañada por Rufina, amiga de su madre, se dirigió hasta la iglesia de la Porciúncula donde Francisco la esperaba. Fue el comienzo de una relación celeste de dialogo y cercanía, hubo otros encuentros posteriores donde su convicción de abandono del mundo cada vez más se fortalecía. Francisco percibió desde el comienzo la frescura de un alma pura que expresaba el deseo íntimo de servir a Dios. Él la guiaría con su gracia compasiva hasta iluminar su corazón y ella le correspondería con obediencia y reverencial amor; así el jardín del Amado se enriquecería con tan preciada flor.

Clara estaba dispuesta y el alma la empujaba sedienta de infinito. Le urgía detener el simple paso del tiempo que transcurría tratando de superar oposiciones, amenazas familiares y en organizar ocultos planes de fuga. Fue en ese entonces, el momento oportuno donde su deseo se concretaría; la noche del domingo de ramos del año 1212, Clara firme en su propósito abandonó su casa paterna para dirigirse a la Iglesia de la Porciúncula, donde Francisco y sus compañeros con gran alegría la esperaban. Ya en la capilla y de rodillas frente al altar, se consagra al Señor y hace la promesa de renunciar a las riquezas del mundo para dedicarse a una vida de oración, altísima

pobreza y a ese silencio interior sólo audible a los oídos de Dios. Francisco corta entonces su larga cabellera como símbolo de tan importante decisión y se viste luego con un rústico sayal y velo que cubre su cabeza en señal de modestia y humildad.

La vida, además de mirar con los ojos del corazón las maravillas del Cielo, implica atender a lo inmediato y terrenal; como la actitud de Clara generó reacciones familiares, se decidió entonces con la intención de protegerla, trasladarla junto con su prima Pacífica al monasterio de “San Pablo de las Abadesas” perteneciente a las monjas benedictinas, ya que su padre y algunos parientes cercanos al darse cuenta de su ausencia salieron furiosos en su búsqueda con la determinación de llevarla de regreso a su hogar. Pero la decidida actitud de la madre Superiora y la intrepidez y osadía de Clara que aferrada a los manteles del altar y descubriendo su cabeza rapada como muestra de su firme decisión, obligaron a su padre a cambiar de actitud.

A los pocos días Francisco dispone su traslado al monasterio de “San Ángel” que estaba un poco más alejado para mayor seguridad. Es allí donde se le une su hermana menor Catalina con la intención de compartir su mismo modo de vida; en la ceremonia de admisión Francisco cambia su nombre por el de Inés en honor a Santa Inés de Roma que resistió con valentía el atropello personal del emperador Dioclesiano. Al contar



ahora con la cantidad mínima de tres miembros, Francisco da origen a la “Hermandad de Damas pobres penitentes de Asís” y en concordancia con el Obispo deciden que el lugar donde morarían fuera junto a la iglesia de San Damián; que Clara con su prolongada presencia lo transformaría en un pedacito de cielo terrenal.

Para ese tiempo Clara era una joven de 18 años de edad, Francisco tenía casi 30. Pero ambas almas abrazadas más allá del tiempo, serán a modo de espejo sostén y apoyo una de la otra, como contemplativa o caminante no importa, porque están unidas por los mismos desvelos y un único supremo interés: conjugar sus vidas en un canto de alabanza a la gloria del divino Señor. Ella “pequeña plantita” como se consideraba a sí misma en relación a su venerado Francisco florecería en ese tiempo creativo de su conversión, aquel domingo de Ramos donde su corazón latía sólo para Dios.

Esa “pequeña plantita” que crecía desde hacía tiempo, vio la luz por primera vez en una cómoda casa ubicada frente a la plaza de la ciudad de Asís, contigua a la basílica dedicada a San Rufino, allí crecería al cuidado de sus padres Ortolana y Favaronne y sus hermanas: Catalina y Beatriz que posteriormente se le unirían junto con su madre para compartir la vida de amor a Dios. Y es desde una ventana de esa misma casa que la niña Clara contemplaría impactada en la plaza del pueblo, el despo-

jo de Francisco frente al obispo, sus padres y a la gente de la ciudad, de todo lo que él ya no quería ser, actitud que ella también poco tiempo después adoptaría.

Hay almas que nacen a la luz de la vida y otras que traen luz a la vida. Esto último aconteció con Clara. En el tiempo de su nacimiento cuando su madre estaba en oración frente a la imagen de Jesús, dice la tradición, que de repente irrumpe una luz clara y brillante y que de ella surge una voz que dice: “La criatura habrá de llamarse Clara, porque ella es un rayo de luz que ha bajado del cielo y va a iluminar al mundo entero”. Así fue que la niña al nacer fue llamada Clara.

Y ese rayo de luz fue creciendo en una atmósfera de religiosidad sentida y contagiada por todas las mujeres de la casa, pero principalmente por su madre que era de gran piedad cristiana. Sus virtudes luminosas comenzaron a irradiarse desde temprana edad, su corazón latía cálido y cercano a la necesidad de la gente pobre, cuidando de ellos personalmente en bienes y palabras y cuando no podía les acercaba a través de las damas de la casa, pan, ropa y otros alimentos.

En el tiempo en que Clara enamorada de Dios transitaba sus 12 años de edad, Francisco luego de su conversión y aún sin ayuda de sus amigos reconstruía la iglesia de San Damián. Fue en esa circunstancia y en estado de gran alegría e iluminación del Espíritu Santo que subiéndose al muro de la iglesia di-

jo en voz alta y en el francés de su cuna a unos pobres que cerca de allí vivían: “Vengan a ayudarme en esta obra, porque aquí han de vivir unas señoras cuyas vidas y santo comportamiento van a glorificar a nuestro Padre celestial y a toda su santa Iglesia”. Esto recordó Clara en su Testamento, cuando Francisco en estado de luminosa visión predijo cosas del futuro sobre su vida y obra.

Antes de su decisión de vida religiosa, Clara era una joven prudente que se impuso a sí misma una vida retirada en su propia casa, una especie de reclusión por amor al Señor y de libre elección. Todos los que la conocían coinciden al recordar, que ella fue ángel y virgen desde niña y que su corazón enamorado sólo de Dios, la llevó a rechazar propuestas de matrimonio inducidas firmemente por los intereses de su familia. Es en ese estado de deseada soledad, que ella reza, medita, y comienza a expresar el don de lágrimas que derrama con frecuencia por su amado Jesús en total identidad con su vida de tribulaciones y gozo; es un anticipo de la rica vida de santidad que ha de llevar en su vida de convento.

Antes que una planta crezca su semilla fue plantada, al final da sus frutos y la semilla contenta porque no fue olvidada; algo semejante ocurrió en San Damián. En los primeros tiempos del cristianismo dos hermanos médicos orientales llamados Cosme y Damián mueren mártires defendiendo su fe; unos monjes



oriundos de palestina en el siglo VII siembran la semilla de una ermita en honor a su santidad en la ladera del monte Subasio; es en este templo de sanación y fe llamado “San Damián” en honor a uno de ellos, donde Jesús desde la cruz “invita” a Francisco a cuidar la plantita de la esperanza y devoción que allí está a punto de surgir. Y así lo hace, regándola con su amor y entrega para que Clara florezca en ese jardín que su amado Jesús había dispuesto para ella.

De acuerdo a los designios divinos, Clara fue enviada a morar a ese venerado lugar con dos pimpollos que florecerían junto a ella: Pacífica su fiel compañera desde siempre e Inés su hermana, que para ayudarlas a ser flor o sea tener mayor formación religiosa, son enviadas luego a otros conventos: Pacífica, por un año al monasterio del Valle de la Gloria e Inés mucho tiempo después al de Montecelli cerca de la ciudad de Florencia, donde permanecería durante 20 años.

De ese ramillete inicial, la comunidad fue creciendo hasta contar pocos años después con doce miembros. Francisco como responsable de ese jardín de almas escribió lo que se conoce como “Forma de vida para Clara y sus hermanas”, que es una invitación a la vida de pobreza similar a la ya observada por los “Hermanos menores”, ya que en los comienzos las diferencias entre ambas Ordenes no eran significativas.

Así como el suelo se convierte en sendero cuando comenzamos a caminar, del mismo modo considerando las experiencias enraizadas en el devenir de la vida de las hermanas en San Damián, se establece un modelo de vida contemplativa entendida en el modo franciscano. De su texto surgen expresiones evangélicas como “la vida como María”, “la vida como Marta”, las “funciones de las madres”, haciendo referencia a las actitudes que tuvieron las hermanas Marta y María en su comportamiento ante la visita de Jesús a su casa; actitudes que nos permiten comprender como estaba organizada la vida de clausura en San Damián. Clausura que no significa encerrar o encarcelar sino delimitar y proteger, es un espacio donde por libre elección la persona elige permanecer para favorecer la relación de intimidad con Dios.

De acuerdo a las disposiciones de esta Regla surge que había intercambio de funciones, las hermanas se turnaban; unas ejercían las funciones de “Marta” o de “madre”, que consistía en cocinar, limpiar, proteger el claustro, arreglar el jardín y estar disponibles para cuidar de las otras, que al no ser perturbadas pueden llevar la vida de “María”, es decir permanecer orantes silenciosas y atentas siempre en la presencia de Dios. Al principio la función de “Marta” en cuanto a conseguir alimentos era ejercida por los hermanos, pero luego comenzaron hacerlo algunas hermanas, proceder que más tarde daría lugar



a la institución de las llamadas “serviciales” o hermanas mendicantes que estaban dedicadas a conseguir el sustento como una vocación de vida.

En el convento el día estaba organizado en ciclos de tres horas, al finalizar cada uno se interrumpía la contemplación individual y de conexión silenciosa con Dios, por medio del llamado a participar en la oración comunitaria, terminada esta se volvía al estado de recogimiento individual. Desde la salida del sol que era la señal para levantarse, hasta la oración de “completa” antes de acostarse, toda la vida en el monasterio tendía a facilitar el silencio interior. Cada hermana en su tiempo de “María” busca retirarse a su “celda” que era un espacio simple y propio respetado por todos, ya sea una gruta, unas rocas o un recodo del sendero entre los árboles, todo aquello que propicie la intimidad del alma con su amado Señor. En su tiempo de Marta se dedicaban a las tareas asignadas.

A estas primeras reglas organizativas de la vida en comunidad indicadas por Francisco, se agregan disposiciones eclesiásticas posteriores que hacían referencia a la forma de sustentación que debían adoptar aquellas religiosas conventuales para obtener sus propios recursos. Disposiciones que a Clara le cuesta llevar a la práctica por su sentido de estricta pobreza, situación que la lleva a tomar la decisión de escribir su propia

regla, que fue la primera y única realizada por una mujer aprobada por la Iglesia.

Esta Regla era simple y estaba redactada en doce capítulos que tomaban de referencia a la ya establecida en la Orden franciscana. Pero no fue fácil su aprobación, Clara tuvo que luchar con perseverancia por muchos años para conseguir que finalmente sea aprobada en el año 1252 y en forma definitiva por documento escrito al año siguiente, en la víspera de su muerte, a la que definió como “Regla de la altísima pobreza y de la santa unidad”. Vivir en el espíritu de total desasimiento fue condición irrenunciable y simiente de una Orden de hermanas que han sobrevivido durante ocho siglos, esta regla guarda la sabiduría de las cosas breves, pero con contenidos perdurables sostenidos en principios firmes que atraviesan la impermanencia del tiempo.

En Clara la vida se justificaba en el amor y devoción que sentía para con su amado Jesús. Su alma percibía que Dios era la sutil esencia que sostenía la vida y su corazón era el canal que derramaba el néctar de ese amor en el cuidado a todas las criaturas; en especial a aquellas que la divina providencia había confiado a su tutela, como eran las hermanas conventuales a las que cuidaba de día y velaba de noche para asegurar su reposo como una madre servicial; en el tiempo de cuaresma se ocupaba de despertarlas a media noche para esperarlas luego

en la capilla con las lámparas encendidas para comenzar la oración de maitines.

Ese sentimiento de calidez y cercanía que Clara sentía con todos, en la relación con las hermanas serviciales era muy especial, porque valoraba enormemente la tarea que realizaban de mendigar para ayudar en el mantenimiento del convento. Esto se hacía evidente en el trato amoroso que tenía con ellas cuando regresaban, con profunda humildad y caridad les lavaba y secaba los pies a cada una en actitud de respeto y agradecimiento. En cierta ocasión una de las hermanas intentó por pudor retirar su pie y la golpeo en la boca, ella haciendo caso omiso de esa actitud continuo con su tarea y besó nuevamente su pie.

Clara como Madre Superiora sostenía viva la mística del convento, pero su responsabilidad no la distraía de su atención en Jesús; su conexión era profunda, vivía y latía en Él, el sueño no la interrumpía, las vigiliass eran constantes y prolongadas, el resplandor del alba y el llamado a la oración de la mañana marcaban el comienzo de un nuevo día de alabanza y entrega al Señor. Los ayunos no faltaban, eran prácticas frecuentes en la comunidad y en Ella las exigencias eran mayores, que acumuladas en el tiempo fueron reduciendo sus energías y generando dificultad para ingerir alimentos, situación que dio lugar



a padecer “cierta” enfermedad, que la obligó a permanecer muchos años de su vida en la cama.

En ese tiempo eran pocas las ocasiones en que se levantaba, una de ellas fue en septiembre del año 1240 cuando algunos soldados en la llamada guerra de Asís, saltaron el muro de protección del claustro e intimidaron con su presencia a las religiosas. Es entonces que Clara se hace transportar a la puerta del refectorio y frente a ellos portando en sus manos el Santísimo protegido en la “custodia”, reza en voz alta al Señor y les advierte a los intrusos que a la casa de Dios no pasaran, los ocupantes desconcertados frente a tan fuerte determinación, se retiraron del lugar sin causar daños.

La guerra continuaba y pocos meses después en junio de 1241, la ciudad de Asís fue amenazada por un gran ejército del Emperador; enterada de lo que sucedía, Clara mandó que todas las hermanas fuesen a rezar con el propósito de que el Señor liberase a la ciudad. Y así sucedió, al día siguiente y de manera inexplicable el ejército se retiró en forma desorganizada. Todos los habitantes salieron a las calles convencidos que lo sucedido se debía a las oraciones de la “Santa” y su comunidad, a las cuales en viva voz emocionados agradecían. Después de esto la ciudad de Asís nunca más fue asediada por ningún otro ejército.

En la primera mitad del XIII, los monasterios fueron creciendo en número y también en la cantidad de miembros. San Damián no fue la excepción, para el año 1238 se registra a más de 50 integrantes que conforman su comunidad. Pero no sólo crecía en números sino también en espíritu. En Clara se fue dando una conversión muy profunda, donde su esencia mística la llevó a una total identificación con su amado Jesús. Mística esencialmente cristiana: donde el hombre se realiza a través de la mediación de Jesucristo. Era en ese estado de divina plenitud donde su espíritu reposaba.

Para lograr ese estado de conexión divina, Clara propone un camino de elevación espiritual, que comienza aliviando las cargas con el despojo del mundo y la disposición en las condiciones personales para conseguir tan elevado propósito.

En una relación epistolar que tiene con Inés de Praga, Clara nos aclara como es este camino por ella recorrido. Para mejor entender veamos como nace esta comunión de almas; en el año 1225 se establece en un lugar cercano a la ciudad de Praga un grupo de franciscanos a cuyo modo de vida adhiere la hija del rey de Praga, que luego de renunciar al título de emperatriz y otros honores, establece cerca de esta ciudad con el beneplácito del Papa una comunidad semejante a la de San Damián. Surge entonces una relación profunda y mística que trasciende lo personal entre ellas, en estas misivas a modo de consejos am-

plios, podemos extraer la vía mística de realización en Cristo que Clara propone.

Para esta vía que lleva al centro de la Verdad, la virtud de la virginidad es condición primordial; expresada como castidad que excede lo meramente biológico para ser entendida como un estado de vacuidad del alma que la vuelve sensiblemente receptiva a la efusión del amor Divino en la mística relación con Cristo:

“Amándolo, sois casta;  
Tocándolo, os haréis más pura,  
Acogiéndolo, sois virgen”.

Ese estar sumergido en el Tú de Dios, totalmente henchido por la presencia del divino Otro, en todo y siempre, para Clara es vívida contemplación que colma de bienaventurada felicidad al alma de la desposada virgen:

“Ciertamente feliz eres tú,  
que puedes participar  
de este banquete sagrado  
para llegar a unirte a Aquel  
que es esplendor de la Gloria eterna,  
el brillo de la Luz perpetua  
y espejo sin mancha”.



Espejo sin mancha donde la gloria del Cristo Puro se refleja y hace visible la Luz Invisible que conduce a Dios. Así Dios puede ser conocido reflejado en la naturaleza, en el hombre y sobre todo para Clara, en Jesucristo; de ahí ese anhelo de ser espejo sin mancha y virginal para acoger el reflejo transformador del Divino Hijo.

La contemplación sostenía la esencia de su mística, donde contemplar implica mirar a lo alto del cielo y bajando la mirada, al que camina a tu lado con brazos de cercanía y manos que unen a la vida, resumida en la mirada límpida del Jesús Santo donde ella se reconoce e invita a Inés a hacerlo: “Mira en este espejo todos los días ¡Oh reina esposa de Jesucristo! y refleja sin cesar tu rostro, para adorarle, vestida con las flores de las virtudes todas”. Porque:

“En este espejo  
resplandecen  
la bienaventurada pobreza,  
la santa humildad  
y la inefable caridad,  
como en todo Él  
vas a poder contemplar  
con la gracia de Dios”.

Admirable humildad y estupenda pobreza, son paradojas fundamentales de la fe cristiana. “El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra reposa en un pesebre”, exclama Clara y no olvida que la humildad fue simiente de la existencia terrenal del Divino Niño, la que nunca abandonó y por eso no puede estar ausente en ese sentir de Dios. Que junto con la pobreza y la inefable caridad permiten en intimidad personal, abrazar al Cristo pobre que todo lo concede:

“¡Oh bienaventurada pobreza,  
que a quienes la aman y abrazan  
concedes las riquezas eternas!”

Riquezas eternas concedidas a Clara que las abrazó desde un principio:

“Yo me alegro de verdad y nadie podrá robarme esta alegría porque he alcanzado lo que deseaba bajo el cielo”.

Experiencia mística que anticipa en la realidad terrena la alegría por siempre del final de los tiempos.

Su explicación para este logro es simple, pegarnos como María la hermana de Lázaro a los labios de Jesús y hacer lo que pide de nosotros. ¡Este es su válido criterio! y a partir de este

horizonte de experiencias, presenta un delicado y sensible apuntar para que otros también puedan vivir como ella “la gloriosa alegría bajo el cielo” y desde ese lugar nos dice:

“Pon tu mente en el espejo de la eternidad,  
coloca tu alma en el esplendor de la gloria.  
Pon tu corazón en la figura de la esencia divina  
y transfórmate enteramente por la contemplación,  
en la imagen de la divinidad.  
De este modo también tú experimentarás  
lo que sienten los amigos  
cuando saborean la dulzura escondida  
que el propio Dios reservó desde el principio,  
para los que lo aman”.

Deben tener además el valor de depositar en Jesucristo la suprema capacidad de recibir a Dios y de ser tocado por Él en la intimidad de la mente con claridad y certeza, en el alma que es arrebatada al cielo y en el amar sin límite en un salirse de sí mismo para ser imagen plena de lo contemplado. Contemplación que alcanza su culmen después de haberse transformado por imitación en lo contemplado.

Así plena en santidad, Clara transforma su última navidad en una experiencia mística; vive su “Greccio” representación



del pesebre, desde su lecho. En la noche de navidad del año 1252 las hermanas de San Damián fueron a la iglesia de San Francisco según era su costumbre para la celebración de los oficios religiosos. Clara que no pudo acompañarlas por su enfermedad, llegado el momento “Comenzó a oír órganos y todo el oficio de los “hermanos” como si estuviera allí presente”, relata la hermana Felipa y agrega que a su regreso les dijo: “Vosotras me dejasteis aquí pero el Señor bien cuidó de mí, haciéndome participar en todo de lo que habéis vivido”. Esta visión de Clara dio causa para que fuera declarada en el siglo XX: ¡Patrona de la televisión!

A los pocos meses de esa mística navidad Clara empeoró en su estado de salud y las hermanas comenzaron a permanecer día y noche junto a su lecho; entre los que a su pedido la acompañaban para leer “las santas palabras de Jesús” se encontraban los hermanos Junípero, Ángel y el confesor de Francisco el hermano León. No pasó mucho tiempo hasta que llegó el día en que Clara llena de gloria voló a la Fuente de claridad de la Luz Eterna; no sin antes bendecir a todas sus queridas hermanas:

“El Padre celeste,  
os de y confirme  
esta su santísima bendición

en el cielo y la tierra y  
os haga crecer en gracia y en virtud”.

Esto aconteció en el amanecer del día 11 de agosto del año 1253, a los pocos días de haber cumplido 59 años. A la mañana siguiente el Vicario de Cristo, los cardenales y los pobladores de Asís se encaminaron a San Damiano para realizar los oficios sagrados. Terminada la misa el grandioso cortejo llevó el cuerpo de Clara a la ciudad para ser depositado en la iglesia de San Jorge, lugar donde también los restos de Francisco habían encontrado reposo en forma provisoria. Poco tiempo después se comenzó la construcción en ese sitio de una basílica y monasterio, conocida posteriormente como “Basílica de Santa Clara”, que fue inaugurada en el año 1260. En ella se encuentran los restos de la Santa y en una capilla lateral el original de la cruz de San Damiano y es desde hace siglos un lugar importante de peregrinación para la fe y la devoción cristiana.

Toda la región y en especial los habitantes de la ciudad de Asís clamaban por su canonización. Su hermana Beatriz que había compartido con ella por más de 24 años su vida religiosa, da testimonio en el proceso sobre la santidad de Clara y dice que consistía: “En su virginidad, en su humildad, en su paciencia y benignidad, en la oportuna corrección, en las suaves amonestaciones, en la asiduidad en la oración y contempla-

ción, en la abstinencia y el ayuno, en las asperezas de la cama, en el privilegio de la pobreza y por sobre todo en el fervor contagioso del amor a Dios”. El proceso no duró mucho tiempo, comprobada su vida de santidad y milagros fue proclamada santa el día 15 de agosto del año 1255 a los dos años de su muerte; desde entonces la iglesia celebra su fiesta todos los años el día 11 de agosto.

Hay almas que cuando escriben pintan, con pocas pinceladas de palabras mezcladas en la paleta de letras sagradas nuestra atención es captada. Su síntesis y colorido transportan y sitúan a la conciencia expectante, en la escena que el alma refleja en los actos de su vida cotidiana. Es un ángel como Clara que nos modela en el amor que sostiene la virtud en todos sus matices, donde la contemplación en su sutil esencia tiene primacía porque lo colorea todo de Dios. La vida es entonces un arco iris de alegrías, donde las tribulaciones son esperanzas y la fe es certeza. Dios llena al alma, llena la vida, llena el cielo, llena la tierra, llena todo...todo de meridiana claridad y de fecunda paz.

Entonces la vida es santa como la de la Santa, porque todas las acciones que realizamos, llenas de Dios, se alinean y colaboran con el plan divino de la creación, el alma satisfecha porque siente que el cielo eterno al alcance está, sólo le falta per-



severar en el elevado camino de la santidad. Es desde ese estado de gracia divina que puede exclamar:

¡Gracias Diosito por tanta felicidad!

*Por el Prof. Osvaldo Bouille  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---